

10  
COLEGIO SALESIANO  
DE SAN JOSE  
Rocafort, 42  
Barcelona



\* 12 de Enero de 1879  
† 28 de Marzo de 1969

## Rvdo. Don Antonio Querol Uguets

Nació nuestro inolvidable don Antonio Querol, en Saló provincia de Barcelona y diócesis de Solsona, el 12 de enero de 1879. Cursó los estudios de Humanidades y Filosofía en el Seminario de Solsona e ingresó en nuestro Colegio de Sarriá, con sus veintiún años, en el 1900. Hizo el noviciado en el curso 1901-1902 en San Vicente dels Horts, su trienio práctico en las casas de Carabanchel Alto y Gerona y después de estudiar la Teología en «privado», como escribe él, fue ordenado de sacerdote en esta última ciudad en el año 1910.

Este hermano entrañable —durante bastante años uno de los más ancianos y más venerables de la España Salesiana— desapareció el Viernes de Dolores de 1969 a los noventa años largos de edad, dejando tras de sí el ejemplo de una vida intachable, perfectamente ajustada al patrón de los grandes salesianos de primera hora.

Era don Antonio Querol menguado de estatura, además de nada grueso. Cargado de hombros y decididamente cano de pelo, desde casi su juventud. Tenía un geniecillo gruñón que desenvainaba oportunamente y sonreía en cambio las más de las veces con una inteligente picardía.

Escribe un hermano con mucha sagacidad que don Antonio «rindió» por más talentos de los que el Señor le había dado». Efectivamente, miradas las cosas con criterios humanos, nada brillante había en su persona. Su físico exiguo y su condición intelectual mediana, bien poco podían dar de sí. Y sin embargo, se nos ha ido dejándonos el recuerdo de un salesiano claramente definido, indiscutiblemente eficaz en muchos aspectos y de una fidelidad, de un celo y de una virtud poco comunes.

Tengo delante bastantes notas de hermanos sobre él. Y bastante extensas. Esta misma abundancia puede ser un argumento de lo que voy diciendo: de que don Antonio, en contra de lo que podría dar una primera apreciación, no fue nunca a los ojos de los hermanos, un religioso cualquiera.

Todas estas notas vienen a decir lo mismo. Se podían subdividir todas y cada una de ellas en párrafos que llevaran por título: «Don Antonio y la pobreza». «Don Antonio y la obediencia.» «Don Antonio y la asistencia salesiana en el patio.» «Don Antonio y la delicadeza salesiana.» «Don Antonio y la Confesión.» «Don Antonio y los Cooperadores.»...

En pobreza afinaba tanto que hasta del último céntimo recogido de cooperadores y amigos daba cuentas al superior. Y nada gastaba sin su consentimiento. Alguien le había hecho de la «Orden del mendrugo», porque aprovechaba personalmente en la mesa, no obstante la delicadeza de su estómago, no pocos de los que encontraba por el patio. Las luces innecesarias las iba apagando tan por costumbre, que se prestaba a que le cambiaran los interruptores, con lo que iba encendiendo las apagadas. Broma que le jugó más de una vez la gente joven... El, en estas ocasiones solía sonreír ruborosamente.

En punto a obediencia, era en él proverbial la frase: «lo que diga el señor Director». Alguien dijo que con la Patria, como con la madre había que estar con razón o sin ella. Pues así estuvo don Antonio toda la vida con su superior. Y con sacrificio, cuando llegaba el caso.

Un ejemplo:

Don Antonio, aparte unos pocos cursos pasados en San Benito de Salamanca, Orense y Sarriá, vivió todos los años de su sacerdocio en este Colegio de Rocafort. Y grandísima parte de su vida en Rocafort, se la pasó asistiendo en el patio.

Un patio insuficiente pero maravilloso, de 50 × 60 m. como no hay otro en todo el centro de Barcelona. Aquí reinaba a lo salesiano Don Antonio Querol, asistente eterno e indeficiente controlador de juegos y alegrías juveniles.

¡Lo que se podría escribir de Don Antonio y el patio salesiano! De Don Antonio y sus columpios, y sus «olas» y sus «voladores» de sogas y hierro.

El conocía como ninguno la historia y vicisitudes de cada columna, de cada rincón, de cada baldosa del patio.

Hasta los 89 años bien cumplidos sería este patio salesiano, la circunstancia principal de su vida.

Pues bien, en el patio, en ese patio de don Antonio Querol, había exactamente veinticinco árboles. Veinticinco plátanos soberbios, que habían aguantado victoriosamente los pelotazos, los cabezazos y hasta alguna vez los

cuchillazos de idas y venidas de juventud. Unos árboles inolvidables, pero discutiblemente necesarios y que estorbaban una barbaridad cualquier juego con balón.

Un día, alguien, en la conversación de comedor, soltó la idea de cortarlos para organizar el deporte «en forma».

Todos le miramos horrorizados... ¡Estaba allí don Antonio!

Pero como la idea era buena, los jóvenes, con cuyo cariño cruel tuvo que enfrentarse más de una vez nuestro buen viejo, comenzaron a darle vueltas y a condimentarla con chancitas e indirectas, sobre todo en las conversaciones de sobremesa.

Don Antonio, por toda defensa, se encerraba en un hermoso silencio intransigente.

Mas en una ocasión, al Director, por seguir la broma, se le ocurrió sumarse a las bromitas de los clérigos... Aquello fue definitivo. No habían pasado 24 horas y don Antonio, llamaba con firmeza, como siempre, a la puerta de su superior:

—Señor Director —dijo con voz entrecortada— ya he encontrado quien nos corte los árboles de balde.

Y don Antonio Querol, sin pestañear, con una decisión inconcebible, fue dirigiendo personalmente la exterminadora tala de todos los añosos árboles del patio...

De todos no. Que conseguimos que quedara uno, el más hermoso, como se deja una maceta en el rincón de una habitación para que la adorne.

Hoy, cuando él ya se ha ido, los habitantes y usufructuarios de esta obra salesiana —y no somos pocos— consideramos ese árbol, como un monumento vegetal al hijo de Don Bosco que *entendió* como nadie, tal vez en la historia de la Congregación, el dogma salesiano de la asistencia en el patio.

Cosas parecidas podríamos expresar en los otros «capítulos» de lo que podría ser biografía de don Antonio Querol.

Por no alargar la carta, cedo el espacio que queda a plumas más autorizadas que la mía.

Dice don Tomás Baraut, que pudo conocerle como pocos:

Era don Antonio uno de esos hombres siempre igual a sí mismo; de camino recto hacia Dios con la alegría en el corazón y el sacrificio en la vida. Supo hacerse niño con los niños, sencillo, servicial y afable con los hombres. Su espiritualidad, fiel a Don Bosco, era austera y alegre, activa y contemplativa a la vez.

Tuve la suerte de convivir con él largos años en las Casas de Sarriá y San José de Barcelona. Apóstol incansable del Oratorio Festivo, ejercía entre los muchachos indeleble influencia con su perenne alegría y su piedad sencilla y atrayente. Los años, no borraban en aquellos jóvenes el recuerdo de un sacerdote anciano, de cabellos blancos, incansable, que los divertía en el patio, en las excursiones, y les enseñaba a rezar en la Iglesia. Hechos ya unos hombrones, volvían con frecuencia e ilusión al colegio para ver a

don Antonio, recordar aquellos tiempos felices; y no pocas veces para con-  
fesar con él.

Entre la comunidad, era el polarizador del buen humor. Nunca una nota discordante. Cuando su parecer era contrario al modo de ser o pensar de alguno, se contentaba con sonreír, cambiar de conversación y seguir, sencillamente, adelante con la ejemplaridad de su vida siempre en unión con Dios y en actividad incansable entre los hombres».

Añade don Modesto Bellido, su antiguo alumno predilecto:

«Siempre he profesado profunda gratitud y afecto a don Antonio. Estoy seguro que de él se sirvió el Señor para orientarme a la vida salesiana. Lo tuve como Maestro cuando hacía la tercera elemental. Era él en aquellos años, sacerdote joven, lleno de energías y entusiasmos. Puede decirse que él vivía para nosotros y sus alumnos vivían para él. Aunque éramos externos puede decirse que la Casa Salesiana era nuestra Casa, sea durante la semana como en las Fiestas. Nos sentíamos verdaderamente felices en el Colegio. Y grandísimamente tenía parte en ello el generoso y sacrificado don Antonio.

Años más tarde pude darme cuenta de su interés extraordinario por las vocaciones, y cómo a la práctica del Sistema Preventivo unía otros medios muy sencillos pero muy eficaces en la orientación. Un día se le ocurrió decir, se iba a establecer en el Colegio una «Academia» para el estudio del latín. Hizo los mayores elogios e invitó a un grupo, que según él estaban más preparados. Funcionaría la Academia, terminadas las clases de la tarde. Nos inscribimos siete u ocho. Pasábamos con el bueno de don Antonio momentos agradabilísimos. El hecho es que de aquel grupito somos actualmente cuatro sacerdotes. Dos, Salesianos y dos del clero Diocesano. Los últimos ocupan hoy cargos importantes en las Diócesis de Valladolid y Salamanca. Los cuatro hemos conservado siempre para don Antonio profunda veneración.»

Esta es, a grandes rasgos, la figura amable y humanamente desproporcionada de don Antonio Querol. El abuelito querido de esta comunidad durante años y años. El nos edificó hasta el último minuto con sus virtudes y nosotros lo envolvíamos en nuestro cariño como a una reliquia del pasado salesiano.

Virtudes así, en estos tiempos de búsqueda difícil, tienen que servirnos de luz para dar en lo cierto.

Roguemos por su eterno descanso y que él desde el cielo nos ayude a salvar los elementos esenciales de la fidelidad a Don Bosco en medio del mundo moderno.

ANTONIO MARTINEZ AZCONA  
Director